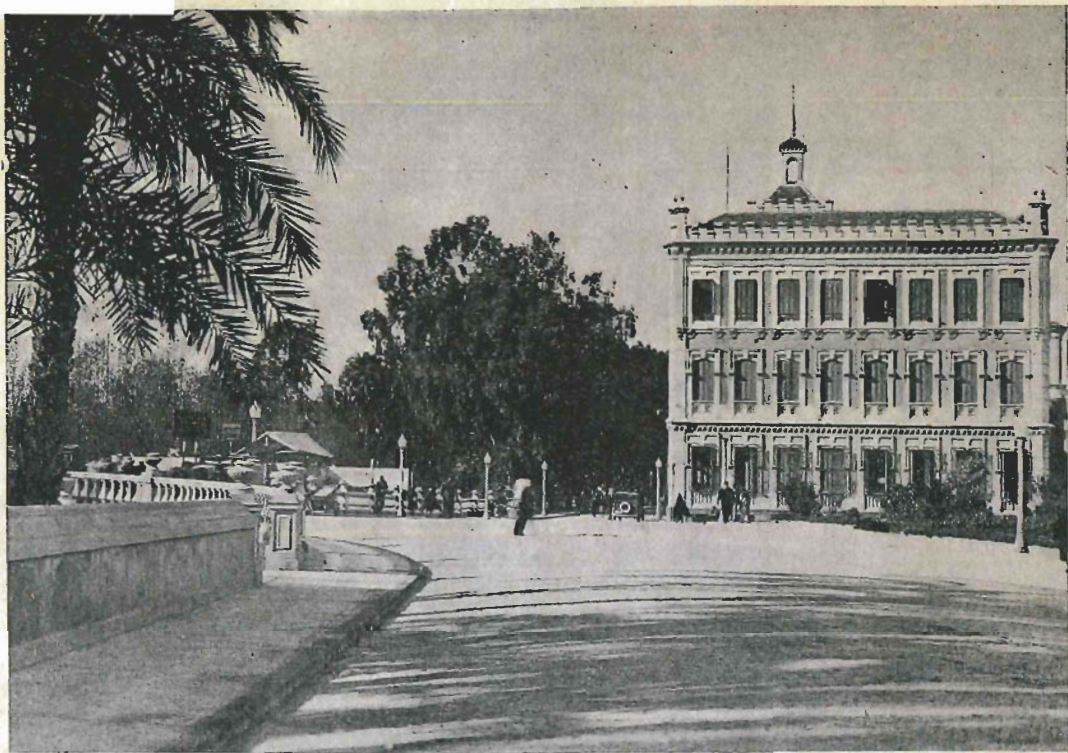


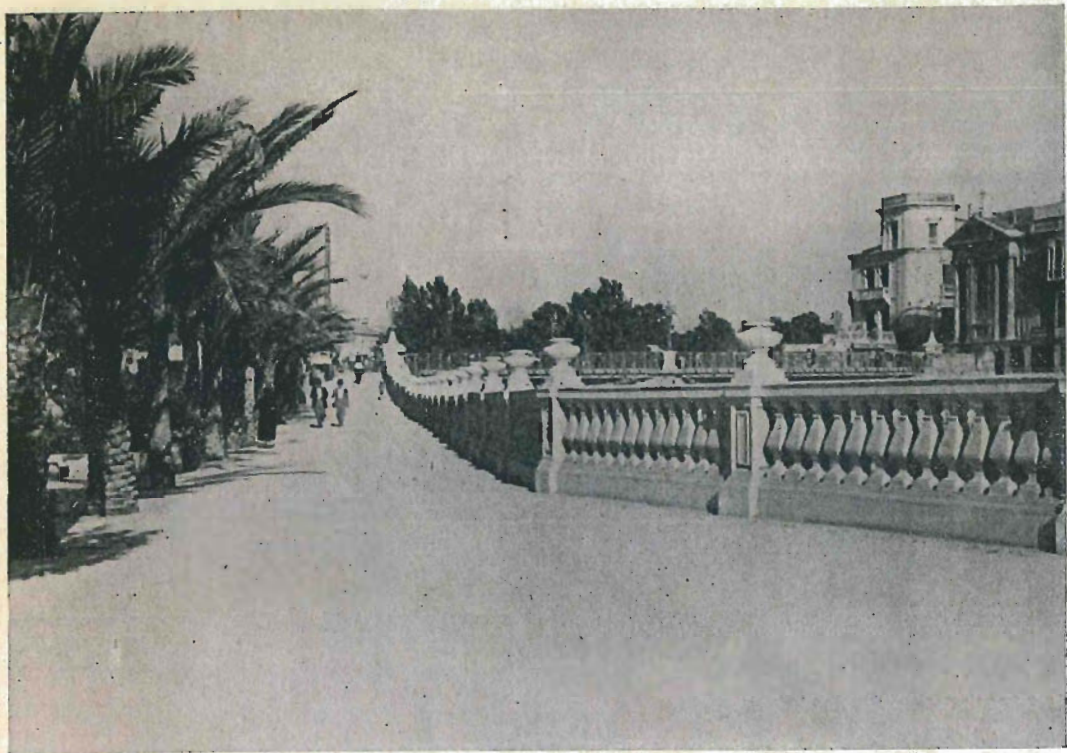


La Universidad continúa una tradición docente en la ciudad, que estaba dignamente asentada en el siglo XIII cuando tomó posesión de ella el que había de reinar en Castilla con el dictado de «el Sabio». Es un edificio construido sobre los restos del convento de mercedarios, cuyo es el patio renacentista, de fina traza. La edificación de abajo, a la derecha, destinada a Facultad de Ciencias, está terminándose en la actualidad.

MURCIA
NAZARENA



A su paso por la ciudad, el río se adorna con una fronda espesísima y grata: la del Parque, cuya vista se disfruta desde una balaustrada que sombrean palmeras y eucaliptos. El edificio del fondo, la antigua Convalecencia, está convertido hoy en Gobierno Militar. Cruza el lugar un paseo de ronda, aménisimo y soleado, y del cual arrancan los dos puentes que cruzan el Segura uniendo las dos partes de la ciudad.



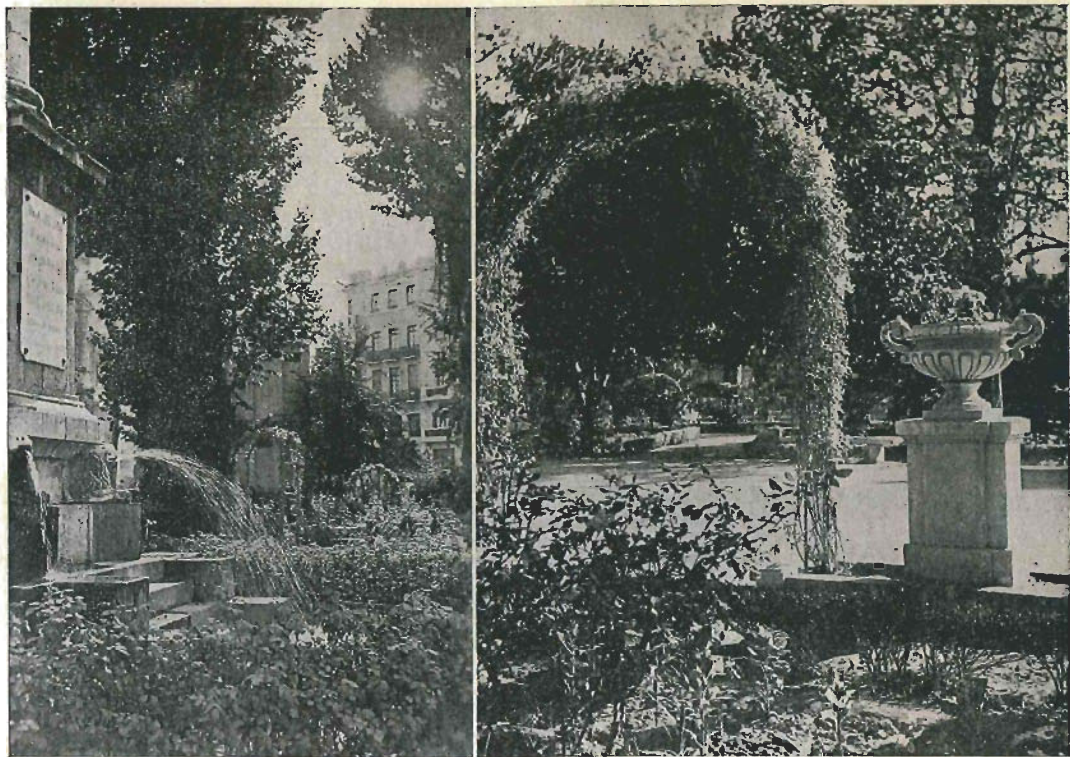
La balastrada del río, ascendiendo hacia la parte occidental de la ciudad, por un paseo de palmeras nos conduce al Malecón. Es lugar muy frecuentado para esparcimiento en las tardes invernales y al anochecer de los días de verano. Se advierten al fondo la línea de calzada del Puente Viejo y las arboledas del Parque. En el lado opuesto al río se levanta el antiguo y noble edificio del Almudí, hoy Palacio de Justicia.



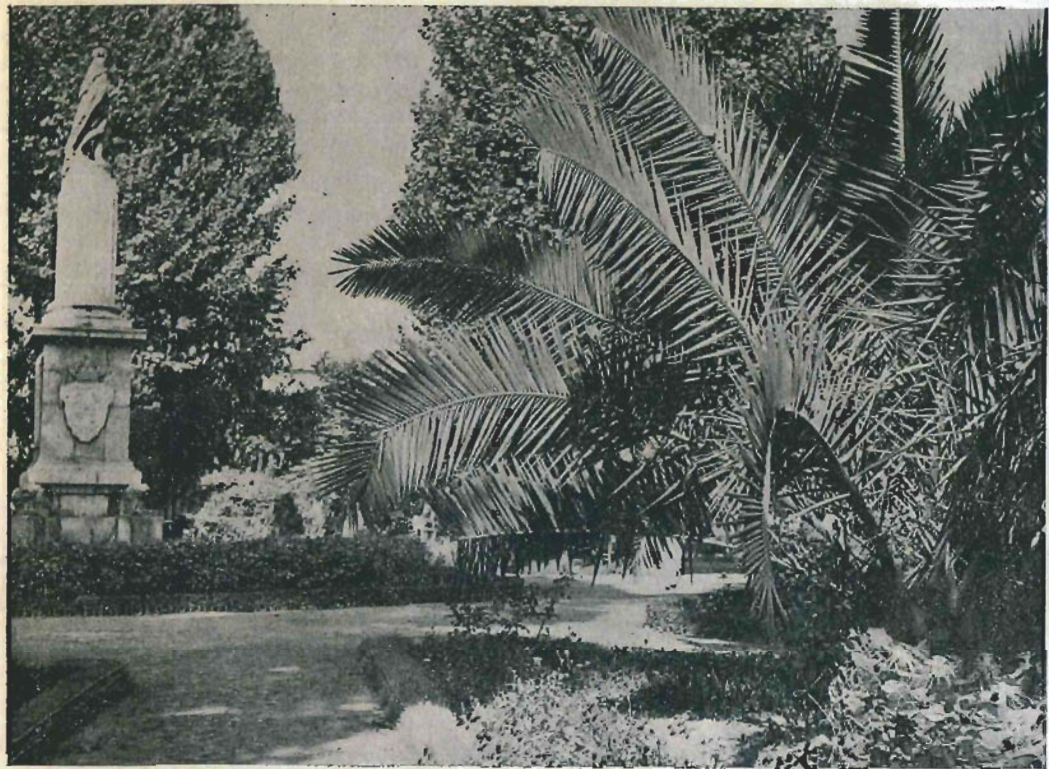
El Malecón es un ancho muro construído para contener las terribles inundaciones del río Segura. Pero se convierte en paseo de perspectivas encantadoras. En las dos vistas de él que aquí se reproducen vemos la portada y la casa del «Huerto de los Cipreses», la primera de piedras corroídas por el tiempo, adquiriendo así un aspecto venerable; la segunda, de típica traza, con reminiscencias de la edificación musulmana.



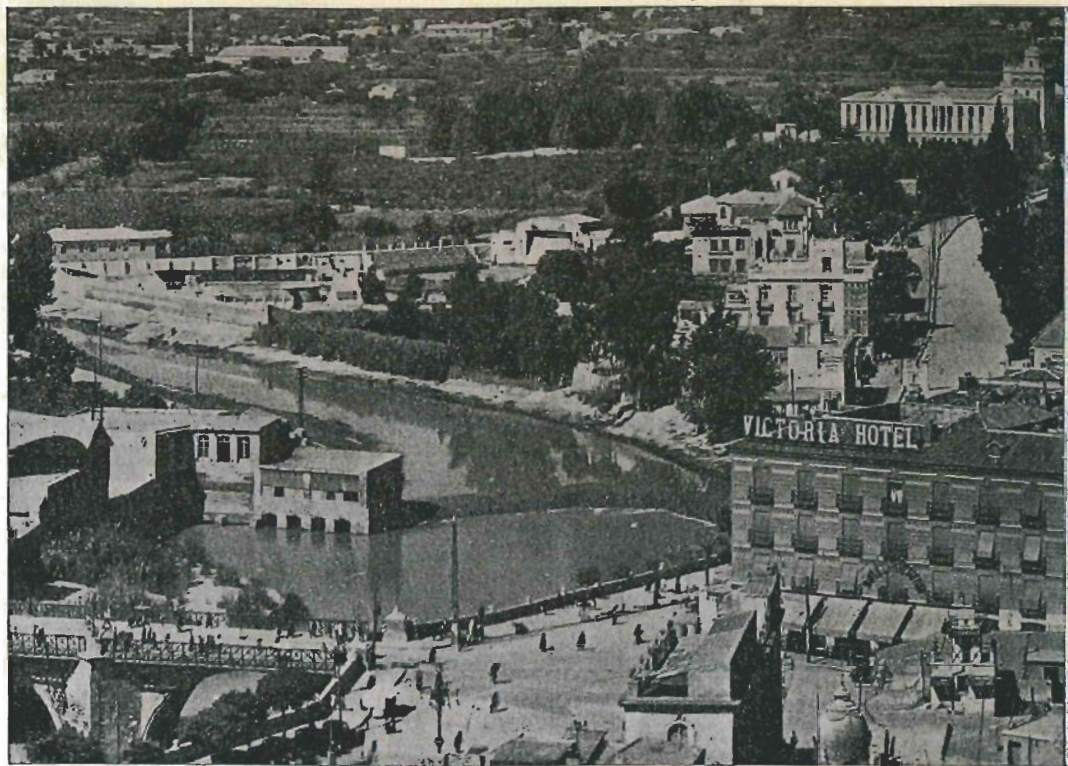
Otra perspectiva del mismo lugar, donde se muestra la alianza, reiterada muchas veces en los paisajes de esta tierra, de la palmera con el ciprés. Unos y otros árboles pregonan por su talla y por otras circunstancias una vejez que los hace acaso más sutiles, más adecuados a filtrar la luz del ocaso en un espectáculo luminoso de maravillosas transparencias. Es un fruto singular de consorcio entre la obra de la Naturaleza y la mano del hombre.



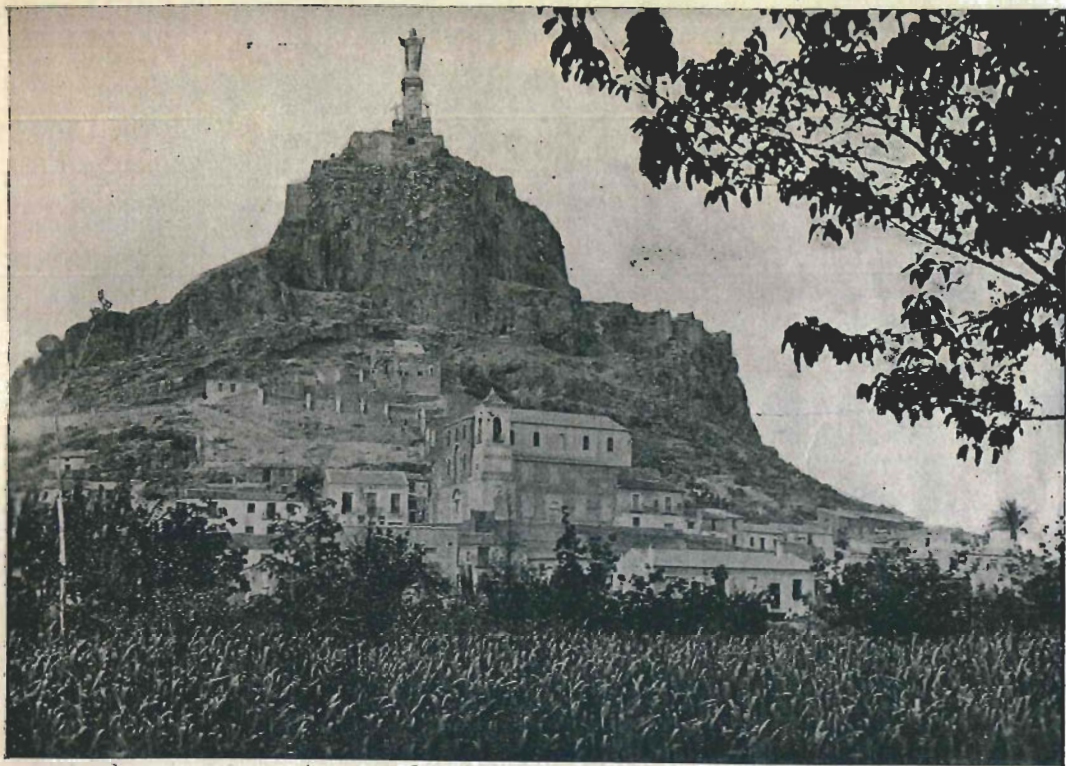
Jardines de Murcia. Son breves y recogidos los jardines de la ciudad. Este cuyos rincones se ofrecen aquí es el que lleva el nombre del Conde de Floridablanca. El gran político, hijo de la tierra, que enturbió con errores trascendentales alguna época de su vida, hizo mucho bien en cambio a Murcia, donde se extinguió su vida austeramente. El jardín de Floridablanca se halla en el populoso y activo Barrio del Carmen.



El jardín de Floridablanca contiene el monumento a aquel hombre público, integrado por una estatua del mismo esculpida por Santiago Baglietto y una parte arquitectónica de Francisco Bolarín «el Viejo». En el jardín hay gigantes castaños de Indias, olorosas magnolias y macizos donde se cultivan delicadas flores. Se utiliza como marco para las fiestas del barrio, en las noches del estío, que tienen brillante tradición.



Un trozo de la población a vista de pájaro. El río viene de la huerta y, describiendo una curva, baja a enhebrarse por el Puente Viejo. En primer término, la explanada del Arenal, y en el ángulo superior derecho, el camino que va flanqueando el muro del Malecón. Toda la gama de verdes de la vega se muestra aquí con espléndida exuberancia. La luz del cielo murciano, templada con el vaho de la huerta, cae sobre un color exquisito.



Vieja estampa del Cerro de Monteagudo, al pie del cual se cobija una pintoresca aldea huertana y en cuya cumbre hay curiosos restos de un castillo, romano en parte y en parte medieval. Sobre ellos la piedad levantó un monumento al Corazón de Jesús, destruído por el sectarismo y ahora en proyecto de reconstrucción. Monteagudo se halla en un trozo amenísimo de la huerta y es atalaya de bellos paisajes.



Entre los lugares notables del medio rural que rodea y da vida a Murcia está la Rueda de La Nora. Ingenio de antigua prosapia musulmana, eleva el agua para regar tierras de nivel superior a la acequia de Aljufía, cuya corriente mueve esta rueda, pintoresca por sus efectos de luz y hasta por sus leyendas, de sabor ingenuamente irónico. La primitiva rueda, que aquí se reproduce, fué sustituida por otra hace algo más de diez años.



Un punto de vista para contemplar la vega y la ciudad es lá faldá del macizo montañoso que se extiende a lo largo de su parte meridional. Es una zona repoblada de pinos, El Valle, donde un gran edificio, que antes fué palacio señorial, se consagra ahora a institución benéfica destinada a hacer de niños desvalidos hombres sanos de cuerpo y espíritu. La ciudad tiende a proliferarse en dirección hacia estos lugares de la sierra.